

Corín Tellado

*¿Quién tuvo
la culpa?*



COLECCION
CORAL

No era bonita Mary, no; pero tenía, en cambio, algo en su persona que atraía y subyugaba. Su rostro de óvalo perfecto, aunque con pómulos un tanto agudizados, poseía un sello tan personal que nadie, después de contemplarla, se hubiera atrevido a negar su atractivo, que se manifestaba en los menores gestos y rasgos de la carita de epidermis blanca, donde la boca grande dejaba ver unos dientes irregulares, salpicados con dos gotas de oro que hacían resaltar aquellos labios sensuales, siempre húmedos y entreabiertos como pidiendo, vehementes, una caricia. Enmarcaba el exótico rostro una cabellera rojiza, sedosa y brillante, donde se perdía la mirada codiciosa del apasionado varón.

Capítulo Primero

Aquella mañana del 21 de junio, Mary recorrió la calle Alcalá con más rabia que placer.

Hacía un calor sofocante. El sol, con su rostro redondo, parecía burlarse de todo transeúnte que, fatigoso cruzaba apresurado la calzada. Mary salió de la RENFE con el billete en su poder, y pisó la calle tomando dirección al Retiro, donde esperaba hallar la tranquilidad espiritual que precisaba para calmar los nervios, que aquella mañana se sentían a flor de piel, tensos, agudos, pareciendo salir del cuerpo y clavarse como pinchos.

—¡Mary! Volvióse en redondo, y una sonrisita de felicidad iluminó el rostro que momentos antes mostraba solo amargura.

¡Sole! ¡Qué alegría, chiquilla!

Un abrazo, seguido de la risa franca de ambas.

—¿Y el veraneo? —preguntó Sole, mirándola con picardía—. ¿Cuándo marchas a Gijón, con tus hermanos? Vengo del colegio, y allí me han dicho que habías salido.

Mary le mostró los billetes.

—Vengo de la RENFE. Salgo el día treinta. ¡Me tarda más...!

La otra la miró dudosa.

—¿De veras, lo dices? ¿Tan mal van tus asuntos sentimentales?

—¿Crees que me voy por eso?

—Sé que no. Tu familia te reclama.

—No guasees, que es así.

—Si no lo dudo, querida. Pero lo de Pepe...

El rostro exótico de Mary tuvo una contracción.

—Aquello pasó.

—¿Estás segura?

¿Qué si lo estaba? ¡Cualquiera lo sabía! Ella menos que nadie, porque el corazón, por ser un órgano demasiado sensible y rebelde a la vez, había de continuar exigiendo su parte en la vida, y ella ya no tenía qué darle, porque todo se lo había llevado el amor. ¡Insensato amor!

—Debe pasar, Sole; y eso es lo que me interesa; tener la voluntad suficiente para olvidar, para domeñar el deseo, para ahogar la pasión. ¿Crees que lo podré conseguir?

La otra muchacha la miró con detenimiento.

¡Era tan alegre, tan desconcertante y linda aquella Mary un algo inconsciente, pero maravillosa en su mismo despiste...!

—Si te lo propones, sí —repuso convencida, pues la conocía lo suficiente para hacer la afirmación basada en algo concreto—. Vete a Gijón y olvida. Trata de cultivar las buenas amistades que dejaste allí hace cuatro años, y verás como al fin y a la postre, eres feliz. Mereces ser muy dichosa, y lo serás. —Después, tras una breve pausa, añadió dulcemente—: Pienso que aún volverás con él.

Negó, no con demasiada convicción.

—¿Y tú? —preguntó luego, con cariño—. ¿Cuándo os llega el bebé de París?

El rostro de Sole se iluminó.

—Prontito —dijo feliz—. ¡Si supieras, Mary, con qué ilusión lo esperamos...! Debes casarte, Mary, y entregarte sin reservas al hombre que te toque en suerte.

—¿Crees que me tocará alguno?

La otra respondió, totalmente convencida:

—Te tocará. Mereces ser muy feliz por todo lo desgraciada que fuiste hasta ahora. Muchas veces me digo, querida Mary, que tú misma has tenido la culpa de todo.

—¿Yo?

Sole afirmó:

—¡Si supieras lo bonito que es perder alguna vez de nuestra parte...! Tienes un carácter complicado e irascible, y para ser feliz, todo lo feliz que ambiciona una mujer de tu temperamento, es preciso domeñar los impulsos de la sangre y los sentidos para dejar solo paso al corazón.

—¡Vaya perorata!

—¿Crees que no hablo con lógica?

—¿Quién lo duda?

—Entonces, atiende mi consejo y vete a Gijón, convencida de que con Pepe ya no hay nada que hacer. En primer lugar, él no te conviene. Embotó tus sentidos, apagó los deseos de tu corazón, y dejó tus ansias de mujer presas en su persona; no digo en su alma, porque dio muestras de tenerla muy mal definida.

—¡No hables así!

—¿Es que aún le quieres?

Mary suspiró hondo. ¡Le dolía tanto hablar de aquello...! Y no es que le causara pesar el recuerdo: es que la llaga aún sangraba, y las gotas rojas parecían subirle a la boca dejando en ella aquel amargor.

—Te lo diré cuando vuelva para octubre —dijo sonriente, cambiando totalmente la expresión de su rostro alegre por naturaleza, en aquella mañana ensombrecido por la melancolía—. Creo que atenderé tus consejos. Tal vez me enamore de nuevo en Gijón.

Sole rio alegremente.

—¡Si fuera así...!

—¿Crees que no lo conseguiré?

—¡Qué sé yo! Estoy por decir que sí, puesto que jamás has deseado algo que no lo lograras. ¡Pero es que esto del

amor es tan diferente...! De todas formas, se me antoja que vas camino de Gijón totalmente amargada, dispuesta quizá a reírte de todo, y quién sabe si hasta de la misma vida.

Mary saltó impulsiva, con aquel tono que Coral, mucho tiempo después —cuando en la ciudad del carbón se hicieron las amigas más íntimas que Mary pudiera imaginar—, definió diciendo: «Esa es tu voz de estraperlo, querida Pitín...».

—¿No crees que la vida se reirá de mí?

Sole negó rotunda:

—No, querida. Presiento que de ti no logrará reírse nadie.

—¡Pero si se ríen hasta las piedras!

—Sigues como siempre. Eres un torbellino donde no se puede atar un solo cabo. Ni siquiera las amarguras te hacen variar.

—No consentiré jamás que una amargura mengüe mi alegría.

—¡Cuánto me satisface oírte...! Mi lema es aquel aforismo tan viejo, pero que para mí encierra un gran consuelo: «A rey muerto, rey puesto...». —Tras una breve pausa, prosiguió—: Siento que marches por mi hermana Pili, puesto que le será muy difícil adaptarse sin ti, pero por otra parte me alegro. Allí olvidarás todos los sufrimientos pasados, y te sentirás más la Mary alegre y feliz que hemos visto a nuestro lado en aquel colegio donde reinaba la felicidad en un grupo de bellas muchachas, la principal, tú.

—¡Qué halagador!

Sole dio una palmada en la esbelta espalda de su amiga.

—Te veo ardiendo por dejarme —dijo—. Vete, y si no puedes venir a casa a despedirte, nosotros iremos al colegio a darte un abrazo.

* * *

Continuó caminando en dirección al Retiro. Su intención era guiar sus pasos hacia el colegio, pero no lo hizo así, pensando que de llegar a la residencia en aquellos instantes, todas acudirían a su lado queriendo saber lo que sucedía para que el rostro se viera crispado con aquella mueca indefinida que lo delataba todo y, sin embargo..., ¡decía tan poco!

Muy despacito enfiló el paseo predilecto al que acudía en aquellos momentos en que Pepe aún formaba parte de ella misma. ¡Qué lejanos días! ¡Qué lejanos, y qué cerquita los sintió ahora, porque le parecía que de nuevo se hallaba viviéndolos!

¿Por qué el corazón era tan complejo? ¿Por qué sentía? ¿Por qué no moría a la par que el amor?

Desalentada dejóse caer en un banco solitario, y miró con nostalgia todo lo que la rodeaba.

Según los ojos vagaban en torno, la imaginación fue hilvanando con esfuerzo los recuerdos que aún atenazaban su corazón, y vivió por última vez todo lo sucedido, pues sabía por demás que aquel día daría punto final a su novela sentimental: después de lanzarse por la corriente de la vida, jamás tornaría a su lado: ¡nunca!

Pensó también, anhelando con imperio ser justa consigo misma, en que él no había tenido toda la culpa de lo sucedido. No; ambos se habían hundido en el lodazal del olvido por no ser, quizá, ni ella ni él, lo suficientemente constantes y leales para lograr consagrar una vida a otra, dejándose de sacudidas violentas que atormentan el espíritu aunque hagan vibrar el cuerpo.

* * *

Siempre había imaginado su regreso a Gijón alegre y feliz en compañía del hombre que había creído querer.

Las luchas por las que había pasado en aquellos cuatro años transcurridos dentro de las cuatro paredes de aquella santa casa, donde la «Sititi» tanto y tanto le había hecho recordar a Dios, parecían desvanecerse según los días se sucedían unos a otros y Pepe se aferraba más a sus sentidos, pues en el corazón jamás había tomado parte.

Su vuelta a la ciudad del carbón, donde todo era negro, le pareciera blanco y atractivo a ella, que anhelaba verse envuelta en su bruma grisácea en compañía de aquel hombre que había creído amar con toda su alma. Una vez más tuvo que confesarse que el amor no existía, que todo era mentira, y hasta la misma vida era un engaño que torturaba en vez de satisfacer. ¡Todo mentira! La misma existencia era falsa y cruel. Pero más que nada los hombres, que se dejaban manejar por la mano blanca de un tonto prejuicio.

Ahora, todo era diferente. Perdido él, llegadas las vacaciones, nunca se sentiría todo lo feliz que quizá imaginaban los familiares que allá, en Gijón, esperaban ansiosos su llegada. El retorno a la ciudad natal, fría y deprimida, obligada a fingir lo que en forma alguna podía experimentar el corazón.

De pronto, brusca y fiera, enojada consigo misma, púsose en pie y echó a andar sin rumbo fijo. Estar quieta, cuando los nervios parecían salirse del cuerpo le parecía de todo punto imposible. Con aquel gesto, tan suyo, lanzó el rojo cabello hacia atrás, dejando al descubierto la mirada intensa de sus ojos claros, quietos, que lucían la expresión entre acariciadora y fría que los hacía aún más personales si esto era posible en Mary, la mujer que jamás dejó de ser «ella» aunque la vida azotara su alma con sus más duros trallazos.

Los ojos, aquellas gemas que expresaban candor y crudeza a la vez, quisieron decir: «¿Para qué pensar? ¿Por qué sentir? ¿Por qué no poner todo en manos del Destino para que él decida, mostrándome un camino que quizá, sin su ayuda, no podré seguir?».

—Si no quiere ayudarme, que me mate de una vez y en paz —oyóse decir a sí misma con la voz falsa que descubría en ella un fondo que solo guardaba para las ocasiones en que su corazón gemía, dejándola postrada, sin deseo siquiera de continuar luchando por una causa tan pobre como era la misma vida que le tocara en suerte. «¡Pobre suerte y pobre vida!» se dijo de nuevo, saliendo a la calle y enfilando la dirección del colegio.

Muchos ojos se volvieron admirativos, clavándose avariciosos en la silueta estilizada de la mujer que, ajena a todo, caminaba gentil por la acera.

No era bonita Mary, no; pero tenía, en cambio, algo en su persona que atraía y subyugaba. Su rostro de óvalo perfecto, aunque con pómulos un tanto agudizados, poseía un sello tan personal que nadie, después de contemplarla, se hubiera atrevido a negar su atractivo, que se manifestaba en los menores gestos y rasgos de la carita de epidermis blanca, donde la boca grande dejaba ver unos dientes irregulares, salpicados con dos gotas de oro que hacían resaltar aquellos labios sensuales, siempre húmedos y entreabiertos como pidiendo, vehementes, una caricia. Enmarcaba el exótico rostro una cabellera rojiza, sedosa y brillante, donde se perdía la mirada codiciosa del apasionado varón.

Capítulo 2

La habitación, completamente revuelta, causaba en Mary un disgusto terrible. Ya no recordó su ruptura con Pepe, ni la conversación que había tenido lugar en mitad de la calle con aquella Sole, amiguita del corazón que tan bien y con tanto acierto sabía aconsejarla.

Buena estaba ella en aquellos momentos para recordar nada, cuando sus ojos, muy abiertos, vagaban desesperadamente por la estancia, donde no había cosa en su sitio. Todo se hallaba desordenado: la maleta abierta sobre una silla, los zapatos esparcidos por el suelo... ¡Ay, Señor, pero si ella siempre había creído que todo cogía en una maleta, y resultaba que ahora no cabía nada!

Suspiró con ansia, como si se ahogara. Y como la paciencia había llegado al límite, dio un grito llamando a todas sus compañeras, cuyas risas aún crisparon más sus nervios ya de por sí alterados:

—¡Loli, Pili, Mary, Tere! ¡Ay, Dios, os quiero ver en seguida a mi lado!

Cuatro rostros aparecieron en el quicio de la puerta abierta de par en par.

—¿Aún estás así?

Mary se lanzó al suelo, donde tuvo que bufar como una fiera.

—¡Estoy desesperada! —gritó destempladamente—. Os juro que si tengo que continuar metiendo ropa en la maleta, dejo mi viaje para cuando tenga menos. ¡No cabe nada!

Todas a una se lanzaron sobre la maleta. Pero Mary, no conforme con la ayuda de sus atolondradas compañeras, lanzó el «clásico» grito que la caracterizaba, cuyo eco llegó a los oídos de la señorita SAGRARIO, la encargada de contener los ímpetus de aquella juventud que residía dentro de las cuatro gruesas paredes de la residencia, donde ella era el ángel bueno, la ayuda y el sostén espiritual de muchas de aquellas almas inconscientes que caminaban por la vida sin saber por qué lo hacían. Una de ellas era Mary, que se presentó anhelando mucho cariño y más amparo, y fue a encontrarlo en el corazón blando y sensible de la buena mujer que tan bien y con tanto acierto supo comprenderla.

—¡«Sititi»!

Y al grito furioso de la muchacha, la puerta de la alcoba volvió a abrirse dando paso a la cara dulce de la «Sititi».

—«Sititi», querida, por favor... ¿Por qué yo no puedo hacer nada sin usted? —gritó la muchacha, lanzándose al encuentro de la señorita—. No me cabe nada de ropa en la maleta.

La «Sititi» sonrió comprensiva, mirando dubitativa los ojos muy abiertos de Mary.

—Jesús, Jesús, hija, estás que no hay quien te aguante. Anda, vete, y olvídate por un momento del viaje. Yo trataré de colocar tus cosas en la maleta.

Y, en unos segundos, las manos ágiles del ángel bueno del colegio fueron colocando todo en forma que, cuando Mary y sus compañeras se dieron cuenta, ya todo se hallaba dentro y las llaves en las manos de la «Sititi».

—Toma —dijo esta, alargándoselas a Mary—. Ahora, a calmar los nervios y esperar que el tren se halle dispuesto para salir en dirección a la tierra que tanto anhelas ver.

Mary, que jamás dejaba asomar a sus gemas claras el resquemor de una lágrima, sintió el reguero dilatado correr raudo por la mejilla satinada, mientras pedía con voz entrecortada, como si quisiera alegrar los corazones, y más que ninguno el suyo, que se sentía anegado en dolor:

—¡La tila, «Sititi» de mi alma! Tráigame esa clásica tila que calma tan bien mis nervios, y que sabe Dios cuándo la volveré a tomar.

En vez de romper el silencio que ella hubo dejado, con un sollozo más, estalló una carcajada general, a la que se unió la risa de la dulce «Sititi».

—Jamás dejarás de ser tú, Mary, nunca; ni siquiera cuando te veas pasando el mayor apuro de tu vida lograrás cambiar ese carácter terriblemente burlón que tan poco te favorece y que tanto divierte a los demás.

Y al hablar, su rostro reflejaba la pena que le causaba ver marchar a su mejor amiguita; pena infinita que laceraba su corazón bueno, que tan bien sabía disculpar las extravagancias de la irascible chiquilla.

Cuando todo hubo sido dispuesto, y Mary quedó de pie bajo el dintel, dijo la «Sititi»:

—¿No se te olvida nada, Mary?

Esta corrió a su lado, apretándose contra ella.

—Un abrazo, querida «Sititi».

La señorita negó.

—¿No es eso? —preguntó Mary.

—No. Tu santina...

Y solo aquello bastó para que a la mente de Mary acudiera la virgencita que tanto y tanto había consolado su dolor.

Fuese a la capilla, donde, postrada una vez más, pidió amparo y consuelo para su angustiado corazón.

Con la boca, nada pidió. Aunque quisiera, estaba segura de no poder conseguirlo. ¡Era tanto lo que deseaba, y tan grande el peso que llevaba sobre su alma...!

Allí había sufrido y disfrutado. Más de una vez acudió al rinconcito donde la santina, sonriente, la miraba con sus ojos acariciadores como si se dispusiera a hablar y reír, pidiéndole que jamás dejara de domeñar su voluntad que era lo único que le quedaba, y lo único también que podía sostenerla en su lugar, en el lugar que corresponde a toda mujer de bien, de dignidad que no claudica ante un tonto y falso oropel, cuando la vida no es oro y alegría, sino dolor y crudeza, falsedad y algo más que ella no quería analizar porque lo temía...

—Diviértete mucho —dijo la «Sititi», dándole el último abrazo—; comulga más, y no olvides a Santa Gema, que tanto te protege.

Mary asintió en silencio, devolviendo con ansia el abrazo.

Más tarde, cuando en compañía de muchas de sus discípulas y compañeras de fatigas, se vio ante el tren que había de conducirla a la querida tierrina, dijo alguien, sonriendo con picardía:

—Todo esto lo hubieras cambiado por una sola despedida.

Mary se encogió de hombros.

—Ahora solo pienso en llegar allí.

—¿No llevas recuerdos?

—Los vuestros, muy gratos.

—¿Nada más?

Mary se encogió de hombros.

—No debo llevar más. Es impropio de mí lo contrario.

Y como el tren había advertido que la marcha se hallaba próxima, Mary subió al vagón, asomando luego la cabeza rubia por la ventanilla.

—Adiós, queridas.

Nada respondieron. ¡Dolía tanto verla marchar!

—Hasta octubre —dijo Pili, limpiando una lágrima.

—Hasta octubre.

Y como el tren se perdía lentamente, solo se vio la mano larga y fina que, temblorosa, se alzaba diciendo el último adiós.

Luego, la mole negra fue un puntito tenue, difuso en la lejanía hasta que desapareció camino de Gijón, donde Mary no contaba hallar la tranquilidad espiritual que tanto necesitaba para calmar su desasosiego y su congoja.

Capítulo 3

Cora abrió la puerta del chalet, atravesó el vestíbulo y se dirigió rectamente al cuarto de baño, pasando de largo por la salita, donde se reunían sus primas.

—¿Sabes quién viene mañana, Cora? —preguntó Lucy, asomando la cabeza por el marco de la puerta.

Cora se volvió a medias. Estaba quitándose la pintura de los labios, y tuvo que reír al ver la expresión radiante del rostro de su prima, cuyos ojos fulguraban alegremente, como si la persona que había de llegar al día siguiente, representara para ella la mayor satisfacción del mundo.

Volvió a su tarea de limpiar los labios, al tiempo de preguntar:

—¿Quién es ese personaje que llega mañana y tanta alegría te causa? —preguntó, sin mucho interés.

¡Le importaba tan poco, quienquiera que fuese!

Se hallaba disfrutando de las vacaciones en casa de su tía, en aquel Gijón maravilloso que tantos deliciosos secretos guardaba para pasarlo bien. Sus primas eran también maravillosas, tanto como la ciudad, con ser eso mucho. Se entendían muy bien, y aunque tanto Lucy como Chon tenían novio, ella procuraba hacerse con buenos amigos que